

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 160.—1.º de Noviembre de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES A....

Una persona, que no quiso decir su nombre.—Las muchas prendas de abrigo, nuevas, que nos remitió V. para los niños pobrecitos, han sido repartidas, agradecidas con efusion por sus madres y por ellos con una sonrisa de bienestar que si V. la hubiera visto, serviría seguramente de recompensa á su caridad.

Doña C. M. de R.—Usted que siempre se acuerda de los niños, se ha cuidado tambien de abrigar á algunos al empezar los frios. Que las bendiciones de la madre de la abrigada con su ropa, caigan sobre sus hijos de V.

D. F. G. R.—No es la primera vez que se acuerda V. de nuestros pobres y manda ropa usada para ellos. Nosotros en su nombre agradecemos á V. su buena memoria y pedimos á Dios que su ejemplo sea imitado, para que sea menor el número de los que tengan frio y carezcan de ropas con que abrigarse. Las que V. nos ha enviado, han sido entregadas á una familia desgraciada.

EL FUEGO.

Difícilmente se podrá encontrar un agente físico que haga más bien y más mal que el fuego. Sin él es imposible la civilizacion ni casi la vida del hombre, porque es rara la tribu salvaje que haya existido sin conocerle, y eso en climas muy benignos.

El fuego, que es un elemento de vida, lo es tambien de progreso, y

desde el lapon, que apenas le emplea más que para derretir el hielo, hasta el inglés, que le convierte en obrero incansable y multiforme de su industria, trasformándole de continuo en movimiento, hay toda la distancia del más grosero salvajismo á la más adelantada civilización.

Por medio del fuego, tenemos luz y calor: él dá vapor á las máquinas que nos llevan velozmente por la tierra y por los mares, y á las infinitas que hilan, tejen, preparan materiales, labran los campos y contribuyen en fin de mil modos á proporcionarnos sustento, albergue, vestidos, regalos, placeres y hasta las elevadas satisfacciones del espíritu, multiplicando los medios de propagar las ideas, los instrumentos de observacion y todo género de facilidades para el estudio. Suprimid mentalmente el fuego, y ya no concebireis civilización, progreso, ni siquiera vida.

Pero ese agente poderoso que hace tanto bien al hombre, ¡qué de males no le acarrea! por culpa ó por descuido suyo casi siempre, es verdad. El, temerario, hace su habitacion en la proximidad de los volcanes; insensato, maneja con descuido las materias explosivas; necio, emplea para su diversion lo que puede ocasionar su desdicha; cruel, forja armas y proyectiles, y bajo la tierra y por los aires, y en los mares, las explosiones del fuego son instrumentos y reflejo de su cólera feroz.

El fuego ha recibido culto en unos pueblos, siendo en otros considerado como un mónstruo insaciable cuya vida se sustentaba de destruccion y espanto. La gente ignorante, apenas comprende sin voluntad un gran poder; y el de hacer mucho bien y mucho mal que tiene el fuego, y su belleza sublime, explican que haya podido ser adorado como un Dios. Sus estragos, son casi siempre obra del hombre, que cruel ó imprudente, convierte en daño tan señalado beneficio.

Al lado de los resplandores siniestros del fuego que destruye, brilla á veces la divina llama de la caridad, como producida por el choque de dos sentimientos, del infeliz que sufre y del compasivo que compadece. La caridad recorre los campos de batalla, las casas reducidas á escombros, los pueblos destruidos, y lleva el socorro y el consuelo de que tanto han menester las víctimas del *elemento destructor*, como en los desastres que produce se llama al fuego.

La caridad á veces ofrece espectáculos sublimes en medio del cuadro aterrador; hombres que trabajan penosamente sin retribucion, ni más estímulo que el deseo de hacer bien; que arriesgan la vida por sal-

var la de otro ó solamente la hacienda ajena, que ofrecen techo á los que han visto desplomarse el suyo, y comparten el sustento con los que se han quedado sin pan.

Hace algunos años, una populosa ciudad de los Estados-Unidos, Chicago, se vió en pocas horas reducida á cenizas literalmente; las casas eran de madera y un viento fuerte activó el incendio. No se puede concebir un cuadro más desgarrador que el que ofrecían tantos miles de hombres, mujeres y niños, sin albergue, ni vestido, ni sustento, sin nada de lo más indispensable para las necesidades de la vida. Los ayes de los enfermos demandando auxilios que nadie podía darles, se mezclaban al llanto de los niños que en vano pedían pan; y este doliente clamoreo era menos triste que los gemidos de los moribundos y los sollozos de los que habían perdido la esperanza de hallar á los amados de su corazón, ó los veían muertos. El telégrafo llevó hasta los últimos confines de la Union la noticia del inmenso desastre, y aquel pueblo que muchos se complacen en calificar de interesado y egoísta, dió el más hermoso ejemplo de abnegación y caridad. Organizáronse trenes *relámpagos*, así llamados por la vertiginosa velocidad con que marchaban á llevar todo género de socorros á la muchedumbre desolada que gemía sobre las cenizas de Chicago. Y estos socorros ¿de dónde salían? ¿quién los tenía preparados en tanta cantidad y variedad de objetos como eran necesarios? ¿Quién? La caridad de ese gran pueblo que dicen que no la tiene.

Como dejamos dicho, el telégrafo llevó la noticia á los pueblos más apartados, y escitó la gran desdicha compasión tan grande, que los caminos se cubrieron de gente que iba á llevar cada cual lo que podía, pero á llevar algo con que socorrer á sus hermanos que de todo carecían. Desde el pobre que acudía con un pan, unos huevos, una cantarrilla de leche, hasta el rico que enviaba grandes cajones de provisiones de todas clases, vestidos, camas, etc., etc., todos presentaban su ofrenda. Las estaciones de los caminos de hierro se convirtieron en depósitos inmensos, en que personas de condiciones y edades diferentes, el vestido de pobre blusa y de rico traje, el niño y el anciano, empaquetaban y cargaban los *trenes relámpagos*, mensajeros de la compasión, portadores de consuelo, que como por arte de magia abastecieron á la ciudad desolada. Que de nada carecieran sus infelices moradores, parece que fué el único pensamiento fijo de sus compatriotas. El telégrafo decía: sobran tales efectos, faltan tales otros; y la caridad, como quien tiene corresponsales activos, recibía los pedidos apenas estaban hechos.

Este espectáculo consolador ofrecieron los Estados-Unidos en la gran catástrofe de Chicago, y este ejemplo, que no sabemos si seguirán los que hallan más facilidad para execrar los vicios de aquel pueblo, que para imitar sus virtudes.

¡Ureña! Hé aquí un pueblo ignorado, y cuyo nombre se conoce hoy, como si se leyera al siniestro resplandor del fuego que le ha destruido. ¡Miseros habitantes sin albergue, sin ajuar, sin vestido, sin nada! Y todo esto, al empezar el invierno, cuyas inclemencias no podrán arrostrar los débiles sin sucumbir. ¿Acudirá la caridad en su auxilio? ¿Se alzará poderosa poniéndose al nivel de aquella gran desdicha? Tememos que no, y que el pobre párroco llorando en la iglesia, sea como la imágen del infeliz pueblo que resignado busca en Dios consuelo, siendo poco el que recibe de los hombres. Tal vez nos equivoquemos en nuestra prevision triste, y hagan los españoles por Ureña lo que los norteamericanos hicieron por Chicago.

Pero sin limitar la accion de la caridad, y comprendiendo que su esfera siempre podrá ser grande, ¿por qué el cálculo honrado y el interés mútuo no habian de procurar remedios eficaces y seguros á males que no abruman á un corto número, sino porque todos no acuden en su auxilio, como *interesados* en remediarle? Los propietarios de casas en los grandes centros las aseguran contra incendios; el pobre dueño de un albergue miserable, ó ignora que hay semejantes seguros, ó si lo sabe es como si no lo supiera. Si no asegura la casa, menos el pobre ajuar, y le ven arder miles de familias que no pueden reponerle, quedando reducidas á la mayor miseria y desamparo.

Aquellos cuatro trastos y cuatro trapos que en absoluto tienen tan poco valor, representan uno tan grande para el pobre que se vé en la imposibilidad absoluta de reponerlos. ¿Quién no ha visto ó no sabe cómo en las ciudades quedan los pobres de una casa que se quema sin dar lugar, como es lo más comun, á sacar lo que hay en ella? ¿Quién no ha visto ó no sabe de esas familias que en los campos piden *para casa quemada* con un certificado del Alcalde, y andan por caminos y veredas buscando en vano medios de reparar el terrible desastre? A la pérdida material sufrida en él tienen que agregar otra mayor con mucha frecuencia; la caridad no les dá lo suficiente para reedificar la casa, pero sí para comer; se acostumbran á vivir de ella, y de trabajadores honrados se convierten en mendigos: á la pérdida irreparable de su pequeña fortuna, se ha seguido la de la dignidad; á esta, la de la honradez probablemente; y tal vez sucumbe la virtud de una familia entera,

que hubiera podido salvarse con una corta cantidad dada á tiempo.

Esto es lo más grave, porque en el hombre importa siempre más el alma que el cuerpo, pero aunque solo por el lado material se mirase, el que de resultas de un incendio queda arruinado, y se convierte en mendigo, en vago, en delincuente tal vez, ¿no pesa sobre la sociedad que tiene que mantenerla en el camino, en la calle ó en presidio?

El remedio sería que los pobres formaran parte de las asociaciones de socorros mútuos contra incendios. Es imposible, se nos dirá. Imposible, no lo creemos, muy difícil sí; pero la dificultad de una cosa útil, es una razón para intentarla con firmeza, y no para desistir de ella. Conocemos la imprevisión de los pobres, su apego á la rutina, la resistencia que opondrán á hacer un pequeño desembolso, que es un mal positivo y presente, con objeto de remediar otro futuro que tal vez no se realice. Conocemos la repugnancia del pobre, para hacer lo que nunca ha hecho, y su dificultad para imaginar que pueda suceder nada bueno ni malo que no ha sucedido. Agrégase á todo esto, que el más pequeño desembolso es un verdadero sacrificio para quien vive tan estrechamente. No nos hacemos pues ilusiones contando con facilidad que no existen, pero nunca hacemos sinónimo *difícil* de *imposible*; y si los que pueden y deben quisieran, algo se lograría tal vez en el asunto que nos ocupa.

La iniciativa no puede partir de los pobres, sino de los que sienten por ellos compasión y simpatía. Era necesario tratar de convencerlos, con razones, con amor, con perseverancia, con auxilio material, dando por ejemplo como premio, ó como socorro, un seguro contra incendios ó parte de él. Así podrían practicarlo las personas que dan limosnas, cuantiosas á veces, y distribuidas del modo más conveniente, las corporaciones ó sociedades que dan premios á los niños de sus escuelas, etc., etc.

También era indispensable hacer accesibles las sociedades de socorros mútuos, á toda clase de asociados sin rechazar ninguno por pequeño que fuera el capital que aseguraba. Si pareciera que la ley no podía intervenir en esto, podría dejarse en manos de la caridad inteligente y de la opinión ilustrada, que fomentasen las asociaciones de los pobres entre sí, en el caso de que los ricos no quisieran admitirlos en las suyas, y poniendo de manifiesto y condenando una esclusión en que habría más peligro que caridad y justicia.

Podría empezarse por los pobres menos pobres y menos ignorantes, para los cuales no fuera sacrificio el pequeño desembolso, ni tan difícil triunfar de la rutina.

En esta obra como en otras muchas, y más acaso que en ninguna, lo difícil era empezar; pero, lo repetimos: no nos parece imposible. Algunas personas de buen entendimiento y de buena y perseverante voluntad, bastarian para que en mayor ó menor escala, los pobres participaran de las ventajas de la asociacion de seguros mútuos contra incendios. ¿Dónde están esas personas? ¿Existen en España? No lo sabemos, y la duda, ó la respuesta negativa, es la verdadera, la única dificultad insuperable.

CONCECION ARENAL.

Ceares 22 de Octubre de 1876.

UNA FAMILIA MODELO.

¿Quereis, lectores míos, un modelo de familia, pobre de fortuna, rica de virtudes y de felicidad, y tan interesante como admirable?

Pues voy á presentárosla. Es historia, no cuento ni fábula. Quizá no faltará algun lector ó lectora que al recorrer estas páginas, exclame para sí: *¡La conozco!*

El modelo no voy á buscarlo en las clases ilustradas y de buena posición material, sino en la clase pobre. Ciertas virtudes, fáciles en los ricos, son penosas en los pobres, porque requieren mayores sacrificios. No os referiré hechos gloriosos, rasgos de una sublimidad aparatosa, sino virtudes sencillas de gente pobre, esas virtudes que pasan desapercibidas en el mundo, porque cubiertas con el manto de su modesta oscuridad, ni tienen ni buscan cronista que las pregone.

Buscaré el modelo en la clase más humilde; la familia de un soldado.

Dadas las condiciones de la sociedad en que vivimos, ¿qué puede esperarse de la familia de un soldado? Habrá excepciones, pero lo general es hallar en el hombre cierta rudeza, que recuerda el cuartel y la ordenanza; y en la mujer y en los hijos falta de cultura, ausencia de educación y sobra de indiferencia hácia los grandes deberes y hácia el culto de las virtudes domésticas. Pero hemos dicho que felizmente hay excepciones muy honrosas, y hé aquí una:

En una ciudad que callo y en un sitio de ella muy público

que no nombraré, hay una hermosa casita, limpia, aseada y rodeada por todas partes de árboles, de verdura, de flores, y de esa luz esplendorosa de los países meridionales. Y cuidado, lectores míos, que yo no poetizo. La casita es así, cual otras muchas que habreis visto en lindos paisajes y acuarelas. Está colocada en aquel sitio ameno por la mano oficial del Municipio, que la destina para albergue de un humildísimo funcionario administrativo, el cual tiene por toda remuneracion un jornal de seis reales, y el uso de aquella casita que es una mansion deliciosa.

Ese funcionario era un veterano sargento licenciado de la Guardia civil, con 23 años de buenos servicios consignados en una hoja limpia de toda mancha, que quizás envidiarían algunos generales, cuando por viejo ya, aunque viejo robusto todavía, tomó la licencia, consumió sus pequeños ahorrillos en mantener su familia, y luego se agotó este caudal y pasó hambre y miseria. Una mano benéfica le proporcionó el destino que hoy tiene, y ya desde entonces se acabaron para él las penas. Tiene algunas horas libres, que emplea en repartir entregas de suscripciones; con esto gana otros 4 reales y ya con esto hay á lo menos para que no falte abrigo y pan á su mujer y sus cinco hijos.

Nuestro Juan (porque le llamaremos así, sea este su nombre ó sea otro cualquiera) ofrece en su aspecto un tipo simpático y respetable. Su rostro curtido revela una vida de trabajos, pero en él está también retratada la serenidad del alma y ese bienestar que produce una conciencia satisfecha, unos deseos limitados y una bondad natural de carácter. Predomina sobre todo en aquel rostro y en todo el exterior de Juan una gran sencillez y una ausencia completa de todo artificio para aparecer mejor de lo que es. A fuerza de ser intuitivamente bueno, parece perder algo de su mérito, por lo mucho que tiene de espontáneo. ¡Buena cabeza la de Juan! Cuando el pintor sevillano Usel quiera representar la de un hombre de honradez patriarcal, si tomara á Juan por modelo, haría un cuadro excelente, como él sabe hacerlos.

Hemos dicho que la familia se compone de su mujer y cinco hijos; ¡cinco hijos!... ¿Dónde hay en una familia tan pobre, cuidado bastante para educarlos y recursos suficientes para mantenerlos? Pues los hay, y vamos á verlos.

La mujer es una excelente madre de familia, con una educacion algo superior á su clase; hacendosa, entregada esclusi-

vamente al cuidado de su marido y de sus hijos, á quienes atiende con verdadero amor maternal.

La primera felicidad de Juan es tener una mujer semejante. La base del bienestar de la casita es el carácter de la madre de familia cuyos cuidados atienden á todo y todo lo embellecen.

El hijo mayor es un gallardo mozo de 17 años. Desde niño, y cuando su padre era un simple guardia civil, tenia tal afán de aprender y tal aplicacion á los estudios, que siguió los de segunda enseñanza, hasta obtener el título de bachiller, *sin libros*; es decir, sin libros propios; porque como la escasez de recursos de la familia no le permitian comprarlos, iba diariamente á la biblioteca pública, pedia los libros de texto y en ellos estudiaba. Hoy sigue la carrera de medicina, y en todas las asignaturas vá sacando la nota de sobresaliente. Por las noches se constituye en maestro y ayuda á repasar á algun compañero perezoso ó torpe, con lo cual gana algunos reales, que lleva al caudal doméstico. ¡Ofrecemos á los estudiantes este ejemplo notable de aplicacion y perseverancia!

La hija mayor cose en algunas casas y ayuda á los quehaceres de la suya.

Las otras dos niñas de 11 y 12 años, van á la Escuela Normal de Maestras, de la cual son alumnas aplicadas y premiadas frecuentemente. La escuela está á muy larga distancia de la casa, y las dos niñas hacen, sin embargo, este viaje cuatro veces al dia, haga frio ó calor, tiempo sereno ó lluvioso. Dá gusto verlas juntas, modestas, sin más guia que su juicio precoz. Es de esperar que estas dos niñas aplicadas serán con el tiempo dos buenas maestras.

El último hijo es un niño de 6 años, y á pesar de tan tierna edad, va ya á la escuela y estudia con provecho.

Como se vé; en la casa del guarda del arbolado, si hay mucha poesía en el exterior, hay mucha laboriosidad en sus habitantes: todos se aplican, estudian, trabajan y así se mantienen felices siete personas, á pesar de contar con tan exíguos recursos.

Pero lo más admirable es la buena índole y el excelente carácter de la familia del veterano guardia civil. Padres é hijos están como vaciados en un mismo molde. Tienen sentimientos religiosos, sin exageraciones ni afectacion; tienen una alegría natural que encanta, una resignacion notable en las adversidades, una piadosa confianza en la Providencia; son tímidos para pedir y extremosos para agradecer. Respírase, en fin, en el seno

de aquella excelente familia una atmósfera de bienestar y tranquilidad.

Como la casa está en sitio público y frecuentado, pues tiene cerca paseos y algun palacio, muchas gentes, entre ellas personas distinguidas, pasan por sus inmediaciones en lujosos trenes: probablemente no verán la casita, medio oculta en la arboleda, ó la mirarán con indiferencia; y, sin embargo, en aquel nido de paz y de ventura hay para todos mucha bondad que imitar y mucha felicidad que envidiar, de la manera lícita que es permitida la envidia á las personas honradas.

FAUSTO.

EL SEÑORITO IMPROVISADO.

(Conclusion.)

Al maestro albañil cada vez se le hacia mayor aquella montaña del proyecto de su mujer; porque eso de enviar á seguir estudios á un hijo, sin saber si es útil para ello, y tener que comprarle libros y vestidos, y pagar dos pesetas diarias por lo menos de hospedaje, sin tenerlas de sobra; y quedarse sin reemplazo sus hermanos, para cuando se casaran ó entrasen al servicio militar, y por lo pronto tener el mismo maestro que cuidar de la jumentilla y el borrego, eran todas cosas graves, gravísimas, para el sesudo Francisco, aunque no lo parecieran tanto á la vehemente imaginacion de la madre. Pero, como dice el refran, «si tu mujer se empeña en que te tires de un tejado á bajo, pídele á Dios que sea muy bajo,» al fin y al cabo amaneció un bello dia de primavera. Era domingo y sonreia la luz por todas partes alrededor de la casa del maestro Francisco. La borriquilla andaba jugueteando con el cordero, su comensal y amigo: las gallinas picoteaban aquí y allá en el espacioso corral, haciendo revolotear de vez en cuando á alguna de las palomas, que habian descendido desde el alero del tejado á compartir con ellas los apetecidos granos de unos puñados de avena que Antonia, la hija mayor del albañil, habíales arrojado al suelo, segun su acostumbrada salutacion matutina; y los tranquilos y felices esposos lo veian todo desde la ventana de su habitacion, en donde la solícita Inés estaba sacando de una arca llena de ropa blanca una limpísima camisa para su marido.

No es fácil explicar cuánto influye en las resoluciones de nuestra vida el momento de buen ó mal humor en que las adoptamos, sobre todo en los países meridionales y entre las personas, por su mal, no acostumbradas á precaver y dominar las sorpresas y vehemencias de la imaginacion. Inés veía jugar contento á Andresillo con sus amigos constantes del corral, que en aquel domingo se veían favorecidos con la alegre compañía de dos muchachos de la vecindad, coetáneos de Andrés. Este sobresalía en los lances de sus pueriles juegos, á saber: en las suertes que hacían al borreguillo para burlar sus topetones, en las tretas que le armaban al leal gozquecillo Morrín para hacerle rabiar, en los saltos que daban sobre la pollina para pasear el corral, cabalgando triunfalmente por turno el favorecido con la escolta de los otros dos conmlitones y del borrego que los seguía á todas partes, como uno de tantos en aquel dominical festejo. Y el gallo corría despavorido y espantado, dando gritos de alarma á sus compañeras, que, al escuchar aquella señal de «sálvese quien pueda,» huían azoradas y clamorosas cada una por su lado; y las palomas volaban á su alta barrera del alero, como diciendo: «aquí nos las den todas;» y gruñía en su pocilga el cerdo y ladraba Morrín, al oír tanta algazara; y los ojos de la ufana madre seguían enternecidos al rey de aquella fiesta, que era Andresillo.

—¿No lo ves, Francisco? ¡Qué listo es! Nada, nada: es menester darle estudios. Resuélvete. ¡Que le veamos hecho un hombre, antes de morirnos!

Inés enjugó en sus ojos una lágrima de ternura; el maestro Francisco vacilaba; pero al fin cedió, y todo se dispuso para tener en la casa lo único que faltaba: «un estudiante.» Fué á la escuela de nuevo, pues algo la había frecuentado ya: aprendió otro poco; holgó mucho; apedreó tal cual perro, incitado por otros muchachos revoltosos: y tuvo, como quien dice, su rancho aparte, su cuarto, su mesita, sus libros, su traje medio de señorito. Y aun hay quien añade que tuvo otra cosa además; cierto nacimiento desprecio y ojeriza de sus hermanos, que seguían trabajando sin pereza, y le consideraban á él, no como «un estudiante,» sino como un holgazan. Las hermanas, por el contrario, le halagaban y atendían con cierto saborcillo de vanidad y gusto, siguiendo el de la madre.

Llegó el tiempo de proseguir los estudios en una gran ciudad. Fué menester prepararle un ajuar completo, pobre y tosco para su nueva vida, pero de lujo y costoso por demás para

las costumbres y haberes de la casa. En fin, se remedió todo por lo pronto con malvender el azafran y mermar el repuesto de las patatas y el trigo, agotando á la vez el dinerillo de los ahorros, que era como el sudor condensado de la frente del tío Francisco, y el fondo de prevision que, á guisa de sagrado depósito *invisible, intangible, inviolable*, guardaba Inés en el más recóndito é ignorado rincon del arca grande de la ropa reservada á los dias que repican gordo. Con esto y todo, el estudiante no llevó para pagar más de un mes el pupilaje, amen del coste del viaje y los libros y la matrícula, y otros numerosos gastillos de primera entrada, que en las capitales salen á cercar y oprimir al infeliz viajero recién llegado.

La proteccion con que pudo contar el pobre Andrés, se redujo á la compañía de un oficial de pintor para el camino, y á la de otro chico del pueblo, casi de su edad, que vivia en una como lóbrega zahurda, llamada casa de huéspedes, en una de las calles más súcias y sombrías de la populosa capital.

Marchó á la ciudad universitaria. Al salir de la casa, despidiéronle, con alguna sequedad los hermanos, con mezcla de esperanza y duda el padre, con abrazos y besos las hermanas, con lágrimas de entusiasmo la madre, y deshaciéndose en caricias Morrin, que á duras penas consintió en no ir á seguir *los estudios*, ó al menos *los pasos*, del nuevo escolar. Este prorumpió en llanto deshecho al entrar por última vez en aquel corral, teatro de sus delicias; y hay quien asegura que dió un abrazo al borrego y otro á la borriquilla, que le siguieron hasta la puerta, la cual con tristeza de todos se interpuso entre el viajero y sus dos antiguos amigos.

Pues señor; ya se encuentra Andresillo en una capital muy grande, muy populosa, muy agitada; y solo el atravesar sus calles con el oficial de pintor, le ha producido tal vértigo y mareo, que está á punto de desfallecer. Entra luego en su lóbrego y súcio alojamiento. ¡Qué patrona! ¡qué manjares! ¡qué mezcolanza! Va á las aulas; ¡qué gritería! Toma los libros: oye las explicaciones del maestro; y ¡qué confusion! ¡qué sudores! En su cabeza entraba perfectamente el oficio de su padre, y algo más tal vez; pero las ciencias y la filosofía se le atraviesan, y le confunden, y más habiendo empezado un poco tarde á cultivar su escaso ingenio. En cambio, los compañeros le enseñan á fumar, á maldecir, á *hacer novillos*, esto es, á irse á la hora de cátedra á las paradas de la tropa, á los paseos, á los cafés; y están á punto de enseñarle mucho más. El mes de pu-

pilaje fué cercenado con algun gasto en devaneos. Los padres tuvieron que vender la viña para enviarle nuevos recursos: al segundo año de estudios, el olivar y la borriquilla; y ya no hubo en adelante con qué pagar corriente el precio de los arrendamientos. En fin, la casa fué *á menos*, y el estudiante no fué *á más*; y se casaron los hijos mayores Juan y Pedro, y no tuvieron reemplazo para ayudar al padre; y no se casó ninguna de las hijas, Antonia ni Dolores, por el runrun de que estaba la casa arruinada. Con los malos informes recibidos de los maestros de Andrés, Inés perdió sus esperanzas, el tío Francisco el sueño, y el estudiante perdió el tiempo y bastante más; y no se perdió entonces *del todo*, como tantos otros, por un milagro de Dios. Por último se vino al lugar sin honra y sin provecho, y con una gorra oscura, un pantalon largo y una levita corta, cosas que le daban la patente de *señorito*, exencion de trabajar corporalmente, (con el entendimiento ya se sabe que tampoco lo hacia) y la necesidad de pasearse estirando mucho las piernas.

—¿No decias que íbamos á tener un *Senéca*?—le dijo con amargura á Inés el maestro albañil.

—¿Quién se lo habia de imaginar?—contestó la entusiasta madre, cabizbaja y cariacontecida.—Pero, mira, lo que yo te digo es que esos maestros son muy malos y le han tomado tirria al pobre hijo. ¡Como es de casa pobre!

—Pues yo lo que pienso es que él no habia nacido para estudiante, y nosotros le pusimos en esos trotes sin ton ni son, y ahora pagamos el pato de nuestra tontería. ¡Con la gana que yo lo hice, así me sale ello á mí! Ya no tienes viña, Inés; ya no tienes olivar, ni tienes borriquilla, ni tienes trigo y patatas, ni tienes hijo, porque Andrés viene hecho un señorito vago y gandul, muy á propósito para quemarnos más la sangre, ser un deshonra-linajes y acabar de perdernos.

Y el tío Francisco no se equivocó en verdad, como tampoco se habia equivocado en sus primeras dudas y vacilaciones.

Andrés fué ya inútil para todo. ¡Pobre tío Francisco! Entrampado y viejo, tenia que trabajar con más teson que nunca. Las ilusiones, en mal hora forjadas con el estudiante, se habian llevado todo cuanto habia de servirle de alivio en su su vejez. Ibase al campo con la azada al hombro; cargaba y descargaba la pollina prestada de un vecino, para llevar abonos al único terreno, que en arrendamiento le habia quedado; y aconteció hallarse el *estudiante huero* muy tranquilo, holgado y fresco de paseo, presenciando los afanes y sudores del padre anciano

al cargar la borrica del vecino, y no hacer un ademán, ni estender una mano en su auxilio, ¡sin duda por no manchar ni deshonar la *gorra oscura*, el *pantalón largo* y la *levita corta* de su traje de estudiante!

El fin de la casa fué malo, y el de Andrés peor. La casa pasó á otras manos en pago de deudas: Inés y Francisco tuvieron que abandonarla con Antonia, Dolores, Andrés y el flaco y desgreñado Morrin, que desconociendo en el estudiante ocioso de hoy al muchacho trabajador de ayer, no le seguía en sus paseos y se iba como perro leal y juicioso al campo con el viejo Francisco. Vivieron macilentos, miserables y mal hallados; sufriendo al cabo la postrer amargura de ver ausentarse de su lado al estudiante (á quien sus nuevas costumbres hacían insoportables la estrechez y privaciones), caer en malas compañías, en casas de juego, en busca de la suerte, que solo vió en su infancia, y viniendo á ser un tahir de mal vivir.

¡Cuánta felicidad perdida, cuántos males hallados, por cambiar á impulsos de la vanidad el destino natural de un hijo, que había nacido muy á propósito para ejercitarse en el oficio de su padre ó en otro análogo, al paso que carecía de ingénio y condiciones para aprovechar el tiempo en aquellos presuntuosos y estemporáneos estudios! ¡Si pensarán las gentes caprichosas y superficiales que no es una clase de estudios, y muy práctica y provechosa, la de aquellos que ha menester un buen maestro ú oficial en cualquier oficio! ¡Si creerán que el dedicarse á ellos no es tan honroso, y más cuerdo, que el empeño en cambiar la suerte y sacar fuerzas de *flaqueza intelectual*! Cuando nazca un génio aun en la más humilde esfera, ayúdesele á volar en buen hora: mas la muchedumbre de los que no son génios, busquen el útil empleo de sus sencillas aptitudes especiales. Esta es la armonía de la sociedad en la humana vida.

¡Pobre Inés! Bien pagó su *poco de vanidad* y su *mucho de ignorancia y ligereza*; y con ella sus honradas é inocentes hijas y su sesudo y laborioso marido. En vez de la casa propia, modesta, pero limpia y holgada, en que tenía su contenta familia, sus graneros surtidos, sus rellenas arcas, su regocijado gozquecillo y su corral con gallinas y palomas y pollina y cerdo y cordero, hoy tiene un súpico rincón ajeno, con tristeza, descrédito, desnudez y toda clase de privaciones.

¡Qué medalla tan luciente aquella por su cara natural y qué opaco reverso este, que se empeñó en buscar la familia del albañil! ¡Qué lección tan expresiva y para no olvi-

dada de los padres de familia, la de este *señorito improvisado!*

No sé si ponga por epitafio á mi historia ó á mi cuento, al acabarse y depositarle en la memoria de mis lectores:

«Yace aquí un español,
que estando bueno quiso estar mejor.»

C. M. PERIER.

EL PEREGRINO,

DE SCHMID.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL ALEMAN.

En un hermoso castillo, en el cual há mucho tiempo no quedó piedra sobre piedra, vivia un opulento caballero que empleaba cuantiosas sumas en decorarlo, haciendo en cambio muy poco bien á los pobres.

Un dia, un pobre peregrino llamó al castillo pidiendo albergue para pasar la noche; rechazólo el caballero bruscamente diciéndole:—«Este castillo no es casa de huéspedes.»

El peregrino contestó:—Si me permitís que os haga tres preguntas solamente, me marcharé contento.—Con esa condicion podeis preguntar, que yo os responderé con gusto.—El peregrino dijo entonces:—¿Quién ocupaba este castillo antes que vos?—Mi padre, dijo el caballero.—¿Y antes de vuestro padre?—Mi abuelo.—¿Y quién acaso, despues que vos, le ocupará?—Si Dios quiere, mi hijo, respondió aquel.—El peregrino, dijo entonces: «Si solo un corto espacio de tiempo cada uno de vosotros le habita, y siempre al otro hace sitio en su recinto, ¿qué sois aquí sino huéspedes? Y este castillo, ¿qué es más que una posada?

«No empleeis tanto en adornar magníficamente una mansion que tan poco tiempo os alberga bajo su techo; haced bien

«á los pobres y entonces os fabricareis eternamente una morada en los cielos.»—El caballero guardó estas palabras en su corazón, recogió al peregrino durante la noche, é hizo más benéfico para con los pobres, teniendo presente esta infalible verdad:

Del mundo la opulencia desaparece,
Y solo el bien que hacemos permanece

JUAN G. LOPEZ DE QUESADA.

Sevilla 16 de Octubre de 1875.

LA PEQUEÑA BIENHECHORA.

Era un invierno frío y crudo. Erminia, hija única de unos padres caritativos, recogía todas las migajas y pedacitos de pan que caían de la mesa y los conservaba cuidadosamente.

Dos veces al día bajaba al jardín á esparcir aquellas modestas provisiones, y los pájaros volaban presurosos á recogerlas. Jamás la niña descuidaba esta tarea, aunque muchas veces su carita y sus manos se quedaban lívidas por el intenso frío que hacía.

Su padre, observándola y alegrándose en el fondo de su corazón de verla tan atenta á aquella obra de piedad, le preguntó: ¿Por qué haces eso, Erminia?

—La naturaleza entera está cubierta de nieve y de escarcha, —contestó la niña;—los pajaritos, no pudiendo hallar que comer, carecen de todo. Por eso yo los alimento, como hacen los ricos ayudando y asistiendo á los pobrecitos.

El padre añadió:—¡Pero tú no puedes proveer á las necesidades de todos!

—Cierto,—replicó Erminia,—pero dime, papá: ¿no hacen todos los niños del mundo lo que hago yo, y no hacen todos los ricos lo que haceis vosotros, teniendo cuidado de los menesterosos?

El padre miró á la madre de la niña que los escuchaba enternecida, y exclamó:—¡Oh santa inocencia!

E. M.

(Traducido del italiano.)

N.º 161 — 15 de Noviembre de 1878

ERRATA.—En el número 159, página 288, línea 14, dice: «los sabios de la calle de Velarde». Léase: «los sabios de la calle de Valverde.»

POUR QUE NO SE VAIN AL HOSPITAL

La pregunta que sirve de epigrafe á este artículo es como
 respuesta que dan algunas personas, muchas, al oír el número
 cuando de los enfermos pobres á cuyo favor se quiere tal vez
 inferir en caridad. En unos es el egoísmo que prescindiendo
 de como los enfermos están en el hospital, sabe que estando
 allí no piden limosna, y no quiere saber más. Como el egoísmo
 hay que vencerlo, y es imposible de vencerlo, le dejaremos en
 la desahogada tranquilidad con que ve sin compasión la familia
 que lleva un enfermo al hospital. Pero hay personas, y no po-
 cas, buenas, caritativas, amigas de los pobres, á los que dan
 no están en el hospital, sino en su casa, de ahí que no
 no sino tiempo, trabajo, cuidados paraseverantes, todo, en fin,
 lo que implica una caridad verdadera. De estas personas, mu-
 chas, aunque con diferente tono, muy diferente, es verdad, al
 de las anteriores, preguntan también: ¿por qué no se van al
 hospital los enfermos pobres que están tan asistidos en sus
 casas?

Seguramente que la institución del hospital es una gran
 institución: cierto que este mismo como un establecimiento
 de suma utilidad é importancia, no se nos puede acordar de las
 bellezas de la poesía, y si no hemos logrado nada para que el hos-
 pital sea lo que debe ser, no nos por un hecho interesante
 para cuando un gran número de personas que no tienen nada, en su
 lugar, convulsas por el dolor, se desahogan en sus casas.